

Las *Máximas* de La Rochefoucauld no contradicen en nada el Cristianismo, aun cuando no hacen ningún caso de él. Vauvenargues, más generoso, es mucho mayor enemigo, aun en el momento en que no habla del Cristianismo. El hombre de La Rochefoucauld es el hombre frascado; si no como lo entiende Francisco de Sales y Fenelón, si como lo estiman Pascal, Du Guet y Saint-Cyran. Quitad á la moral jansenista la *reducción*, y tendréis á La Rochefoucauld. Si parece que olvida el rey desterrado que Pascal pondera, y los restos de la diadema, ¿qué es, pues, ese insaciable orgullo que demuestra, y quien de grado ó por fuerza quiere ser el único soberano? Mas él se limita á sonreír, y no basta, — dice — Vinet con mortificar; es preciso ser útil. La desgracia de La Rochefoucauld consiste en creer que los hombres no se corrigen: « Se dan consejos — dice — pero no se puede ser guía de una conducta. » Cuando se pensó en buscar un preceptor para el Delfín se acordaron un momento de él, y me cuesta trabajo creer que M. de Montausier, menos amable y más doctoral, no fuese más á propósito.

Las reflexiones morales de La Rochefoucauld parecen verdaderas, exageradas ó falsas, según el humor y el estado de aquel que las lee. Pueden muy bien gustar á cualquiera que haya tenido una Fronday, recibido un disparo en los ojos. El célibe amargado será un adepto. El hombre dichoso y honrado unido á la vida por lazos sagrados y discretos, para no encontrarlas odiosas, tiene necesidad de no aceptarlas sin interpre-

trata de disculparlo, recordando el tiempo en que vivió, le reprocha el conjunto, pero quien la escribió, no había visto todavía á los hombres más que por el lado bueno. El duque de La Rochefoucauld fué después víctima de las jornadas de Septiembre de 1792, y asesinado por el populacho detrás del coche en que iban su madre y mujer, las cuales podían oír sus gritos. Un filósofo de nuestros días, que si no se contiene concibe con más vivacidad que razona con exactitud, ha creído encontrar en todo esto pretexto para vituperar las *Máximas*, y exclama: ¡Admirables represalias ejercidas por el nieto contra los escritos del abuelo! Yo no veo nada de admirable y, si ellas probasen algo, sería que, en definitiva, el abuelo no se equivocaba mucho al juzgar á los hombres como los juzgó.

tarlas. ; Qué importa, si hoy yo he parecido creer en ellas, Mañana, ó esta noche, la sola vista de una familia excelente y unida me hará olvidarlas. Una madre que creía á su hijo, una abuela á quien se venera, un padre todo ternura y nobleza, los corazones abnegados y rectos, no alambicados por el análisis, las altas frentes de los hombres jóvenes, las frentes cándidas y ruborosas de las muchachas, estos llamamientos directos á la naturaleza franca, generosa y sana, recomponen una hora vivificante, y entonces toda la sutileza del razonamiento ha desaparecido.

En el tiempo de La Rochefoucauld, y en torno de él, se hacían las mismas objeciones y las mismas preguntas. Segrais y Huet le encontraban más sagaz que justo, y este último observaba muy discretamente que el autor no había intentado ciertas acusaciones al hombre sino por no perder ocasión de revestirlas con algunas frases ingeniosas (1). Por muy poco autor que pretendamos ser, siempre hay algo en un rincón de nuestra alma. Si Balzac y los *académicos* de esta escuela no han tenido nunca la idea sino para la frase, el propio La Rochefoucauld, estricto pensador, se sacrificaba á ello. Sus cartas á Madama Sablé, en el tiempo en que escribía sus *Máximas*, nos lo muestran lleno del verbo, pero de preocupación literaria también. Esto era una emulación entre él y ella, entre M. Esprit y el abate de La Victoire: « Sé que dáis cenas sin mí y que hacéis leer sentencias que yo no he hecho; de lo que no me quieren decir nada... » Y desde Verteil, no lejos de Angulema: « No sé si habréis observado que el deseo de escribir sentencias se coge como el costipado; aquí hay discípulos de Balzac que han sentido un poco de este viento y ya no quieren hacer otra cosa. » La moda de las *máximas* había sucedido á la de los retratos. La Bruyère se apoderó de esta última más tarde y reunió á las dos. Las postdatas de las cartas de La Rochefoucauld están llenas y sazonadas con las sen-

(1) *Huetiana*, pág. 251.

tencias en que se ensaya, que retoca y que sentirá haber escrito cuando el correo se haya marchado: « Me siento avergonzado — dice — por enviaros estas obras imperfectas; pero si las encontráis ridículas, devolvedmelas sin enseñárselas á Madama de Sablé. » Pero no dejaban de enseñárselas y él lo sabía muy bien. Adelantándose así, estos pensamientos excitaban las contradicciones y las críticas. Se tiene una de Madama de Schomberg, esa misma señorita d'Haufefort, objeto de un casto amor de Luis XIII, y de quien Marsillac, en sus primeros tiempos caballerescos, había sido el amigo y el servidor abnegado: « ¡ Oh, quién lo hubiese creído entonces! — decía ella, — ¿ Cómo habéis decaído tanto? Se les reprochaba la falta de claridad y Madama de Schomberg no creía lo mismo y casi se quejaba de comprenderlos demasiado. Madama de Sévigné escribía á su hija al enviarle la edición de 1672: « Las hay divinas y mi vergüenza es que no las entiendo. » Corbinelli las comentaba. Madama de Maintenón, á quien iban dirigidas, escribía en 1666 á la señorita de Lencios, á quien se referían mucho más: « Le ruego que hagáis presente á M. de La Rochefoucauld mis mayores cumplidos, y que le digáis que el libro de Job, y el de sus *Máximas* son mis solas lecturas (1).

Los éxitos, las controversias y los elogios no quedaron limitados á las conversaciones de sociedad y á las correspondencias, pues los periódicos también se mezclaron en la contienda. Al decir los periódicos me refiero al *Journal des Savants*, el sólo fundado entonces, y cuya existencia apenas databa de unos pocos meses. Esto lega á ser interesante y yo me atrevo á revelarlo todo. Hojeando yo mismo (2) los papeles de Madama de

(1) Se puede añadir á estos homenajes rendidos á las *Máximas* la fábula de La Fontaine (oncena del libro I), una oda de Madama Des Houillières, la oda de La Motte sobre el *Amor propio* y la respuesta en verso del marqués de Sainte-Aulaire (ver las Memorias de Trevoux, Abril y Junio de 1709).

(2) Por consejo de M. Libri, tan docto en estas cosas. — Biblioteca del Rey, paquete 3, n.º 2.

Sablé, he encontrado el primer proyecto de artículo destinado al *Journal des Savants* que delata á esta dama de tanto talento. Helo aquí.

« Los unos creen que es ultrajar al hombre al hacer tan terrible pintura, y que el autor no ha podido tener como modelo sino á sí mismo. Dicen que es peligroso poner tales pensamientos al descubierto, y que habiendo demostrado que no se hacen buenas acciones impulsado por malos principios, la mayor parte de la gente creerá que es inútil buscar la virtud, puesto que es imposible hallarla sino es simplemente en ideas, que es, en fin, derrocar la moral, el hacer ver que todas las virtudes que ella nos enseña no son sino quimeras puesto que tienen malos fines.

Los otros, por el contrario, encuentran este tratado muy útil porque descubre á los hombres la falsa idea que tienen de ellos mismos, y les hace ver que sin la religión son incapaces de hacer ningún bien; que bueno es siempre convencerse aun cuando no hubiese otra ventaja que la de no permanecer engañados en el conocimiento que se tenga de sí mismo.

Sea como quiera, hay tanto talento en esta obra y tan gran penetración por conocer el verdadero estado del hombre, que todas las personas de buen sentido encontrarán infinidad de cosas que acaso habrían ignorado si este autor no las hubiese arrancado del caos del corazón del hombre para exponerlas con tal claridad que casi todo el mundo puede verlas y comprenderlas sin trabajo.

Al enviar este proyecto de artículo á M. de La Rochefoucauld, Madama de Sablé incluía esta carta fechada el 18 de Febrero de 1665:

« Os envío lo que he podido sacar de mi cabeza para poner (sic) en el *Journal des Savants*. Os aseguro que quedaría muy agradecida si hiciérais de ello el mismo uso que si fuese vuestro, corrigiéndole, echándolo al fuego, ó haciéndole un honor que no merece. Nuestros grandes autores son demasiado ricos para que teman perder nada con nuestras producciones... »

Notemos bien esto : Madama de Sablé, devota, que desde hace muchos años habita en el Faubourg Saint-Jacques, calle de la Bourbe, en los edificios de Port-Royal de Paris, Madama de Sablé muy ocupada en este tiempo con las persecuciones que sufrían sus amigas las religiosas y las solitarias, no está menos presente en los cuidados mundanos y en las cuestiones de ingenio. Estas *Máximas* que ha oído de antemano, que ha hecho copiar y que ha prestado á muchas personas con toda clase de misterios, sobre las cuales ha recogido para el autor las diversas opiniones de su sociedad, quiere ayudarlas en un periódico delante del público, y *trabaja* su éxito. Por otra parte, M. de La Rochefoucauld, que teme sobre todo aparecer como autor, y que dice en su *Discurso* á la cabeza de su libro, « que su pena, si supiese que sus *Máximas* eran del dominio público, no sería menor que la que tuvo cuando las *Memorias* que le atribuyen fueron impresas »; M. de La Rochefoucauld, que tanto ha murmurado del hombre, va á revisar su propio elogio destinado á un periódico y quitará lo que no le plazca. El artículo, en efecto, fué inserto en el *Journal des Savants* el 9 de Marzo, y si se le compara con el proyecto (1), se ve que ciertas cosas han desaparecido, y totalmente el segundo párrafo que dice : « Los unos creen que es ultrajar á los hombres, etc. » Después del final del primero, en el que trata de los juicios tan diferentes que ha merecido el libro, salta al tercero en estos términos : « Se puede decir, no obstante, que este tratado es muy útil porque descubre, etc. » Las otras alteraciones pequeñas están relacionadas con el estilo. Así M. de La Rochefoucauld, dejó subsistir todo, excepto el párrafo que le era menos agradable. El primer periódico literario no hacía

(1) Lo que no ha hecho Petitot que en su folleto sobre La Rochefoucauld da el proyecto de artículo como siendo lo impreso y no ha sacado partido de ello. M. Cousin, al contrario ha sacado un gran partido, y como acostumbra, ha dado gran importancia á su descubrimiento. Como hombre delicado se ha abstenido de recordar que antes que él había hecho la misma observación.

más que tres meses que había aparecido, y ya entonces cada cual se arreglaba su artículo. Al perfeccionarse los periódicos, el abate Prevost y Wálter Scott escribieron los suyos desde el principio hasta el fin.

La parte que Madama de Sablé tiene en la composición de las *Máximas*, el papel de amiga del moralista y un poco literario que desempeñó durante estos años cerca del autor, daría lugar á hablar de ella ahondando más, si no fuese con relación á Port-Royal, como nos conviene más estudiarla. Era un talento encantador, coqueto pero sólido; mujer extraordinaria á pesar de sus ridiculeces, á quien Arnould enviaba el Discurso manuscrito de la *Lógica* diciéndola : « Únicamente personas como vos son las que queremos tener como jueces » y á quien casi al mismo tiempo M. de La Rochefoucauld escribía : « Sabéis que no creo en vos en ciertos capítulos, sobre todo en los repliegues del corazón. » Ella es el lazo de unión entre La Rochefoucauld y Nicole.

Solamente diré dos palabras acerca de sus *Máximas*, puesto que están impresas y que pueden servirnos para medir lo que deben á las de su ilustre amigo. Fué su consejera, pero no otra cosa, y La Rochefoucauld es el autor de su obra entera. En los ochenta y uno pensamientos que he leído firmados por Madama de Sablé, apenas podría citar uno que tenga relieve y belleza. El fondo es de moral cristiana ó de pura cortesía y usos mundanos; mas la forma, sobre todo es defectuosa, se alarga, se arrastra y nada queda grabado. La simple comparación hace comprender mejor hasta qué punto (si no, no se piensa apenas en ello), La Rochefoucauld era un escritor.

Madama de La Fayette, de quien nos hemos ocupado poco en la vida de M. de La Rochefoucauld, interviene de una manera íntima poco después de publicadas las *Máximas*, y se dedica á corregirlas, en cierto modo, en su corazón. Sus dos existencias, desde entonces, no se separan más. Al hablar de ella he contado las aflicciones tiernamente consoladas de estos últimos quince

años. La fortuna al mismo tiempo que la amistad parecieron sonreír á M. de La Rochefoucauld. Tenía la gloria, y el favor de su hijo le hacía un lugar en la Corte. Había ocasiones en que no se movía de Versailles, retenido por aquel rey con quien no se había conducido bien durante su juventud. Las alegrías y las penas de familia le hacían incomparable. Su madre no murió hasta 1672 : « Le he visto llorar — escribía Madama de Sévigné, — con una ternura que me le hizo adorable. Su gran dolor fué la *granizada* del paso del Rin en donde tuvo un hijo muerto y otro herido. Mas al joven duque de Longueville que fué una de las víctimas, nacido durante la primera guerra de Paris, era á quien quería más. Había hecho su entrada en el mundo en 1666 casi el mismo año de las *Máximas* ; El libro apenado y la hermosa esperanza de estos dos hijos de la Fronda ! En la carta tan conocida de Madama de Sévigné, en que cuenta el efecto producido por esta muerte sobre Madama de Longueville, añade : « Hay un hombre en el mundo que no está menos conmovido, y creo que si los dos se hubiesen encontrado en los primeros momentos sin testigos, habrían lanzado gritos y vertido lágrimas. »

Nunca ningún muerto, según los contemporáneos, ha hecho verter tantas y tan bellas lágrimas como éste. En su cuarto del hotel de Liancourt, encima de la puerta, M. de La Rochefoucauld tenía un retrato del joven príncipe. Un día, poco después de la fatal noticia, la bella duquesa de Brissac que iba á visitarle, entrando por la puerta opuesta á la del retrato, retrocedió de repente, y después de permanecer inmóvil un momento, hizo una reverencia con la cabeza y se marchó sin decir palabra. La simple vista inopinada del retrato había reavivado todos sus dolores, y no siendo dueña de sí misma no pudo por menos de retirarse (1).

En sus cuidados y en sus consejos á los encantadores

(1) Ver el retrato en las *Memorias* del abate Arnauld, 1672.

ardores de la princesa de Cleves y de M. de Nemours, M. de La Rochefoucauld pensaba en esa flor de la juventud, y encontraba á su vez, á través de sus lágrimas, algo del retrato no imaginario. Y casi sin esto, la frente del moralista envejecido, inclinada sobre estos seres novelescos tan encantadores, puede conmovier más que sorprendernos. Cuando en el fondo el talento tiene rectitud y el corazón es bueno, después de muchos esfuerzos se retrocede á la sencillez; después de apartarse un poco de la moral se regresa al virginal amor, aunque sólo sea para contemplarle.

Y á Madama de Sévigné es á quien tenemos que pedirle el relato de su última enfermedad y de sus supremos instantes, sus dolores, la aflicción de todos, su constancia. Miró *fijamente* á la muerte (1). Murió

Si, sed más firme
Que esos vulgares humanos.

el 17 de Marzo de 1680, antes de cumplir los sesenta y siete años. Bossuet le asistió en sus últimos momentos y, naturalmente, le sirvió para hacer inducciones religiosas. M. Vinet parece menos convencido : podemos interpretar á nuestro gusto — dice — estos párrafos de Madama de Sévigné testigo de sus últimos momentos : « Temo mucho que esta vez perdamos á M. de La Rochefoucauld. Su fiebre ha continuado y ha recibido á Nuestro Señor. Pero su estado de espíritu es digno de admiración. La conciencia está preparada, *helo aquí dispuesto...* Créeme hija mía, no inútilmente reflexionó toda su vida y tanto se ha acercado á estos últimos momentos, que ahora nada hay de extraño para él. » No es permitido suponer después de estas palabras, añade M. Vinet, que murió como han dicho más tarde, *con facilidad* .

(1) En la oda que le dedica Madama des Houillères, hablándole de la muerte en términos viriles, le dice :

Hemos reunido en las páginas siguientes cierto número de pensamientos que nos parecieron más ó menos análogos, por la forma y por el espíritu, á las *Máximas*. Si el primer soplo de viento, el deseo de escribir pensamientos sorprendía *como un constipado* en 1665, nada hay de extraordinario que nos hayamos contagiado con la lectura de ese libro. Sin embargo, con esto queremos rendir al autor un último homenaje, tanto más grande cuanto menos éxito obtengamos.

I

En la juventud los pensamientos se me ocurrían en forma de sonetos y ahora en forma de máximas (1).

II

Cuando se entra en un baile de máscaras, todo parece nuevo; pero luego se puede decir á todos. ¡ *Bella máscara, te conozco!*

III

La vanidad en el hombre es como el mercurio. Los unos le tienen en masa y los otros en glóbulos. Algunos se jactan de destruirlo. Cuando ven el más pequeño glóbulo, con el dedo lo reducen á parcelas; pero siempre persiste el mismo peso y la misma cantidad.

IV

Los ingenios y las costumbres son diversos, pero

- (1) Quien al final de la vida
Muy grandes terrores siente,
Cuán bueno que nada teme
Sométase resignado
A inevitables destinos.
Y con paso acompasado
Pase el límite fatal
Que no se vuelve á pasar.

todos entran en una cierta cantidad de formas que se reproducen invariablemente.

V

El estudio de la naturaleza humana es infinito. Cuando se cree haberla definido es preciso volver á comenzar.

VI

Nuestras opiniones en todo son consecuencia de la naturaleza individual de nuestro talento más que del estudio de las cosas.

VII

La poca consistencia del talento humano es tal, que las impresiones recibidas por las mismas causas, difieren según las personas, según las edades y según los momentos. La forma y el color del vaso hacen el color del agua.

Esto es bueno para mí, *por lo menos ahora*, decía el abate Saint-Pierre cuando aprobaba algo. El prudente que conoce el reverso de la trama humana habla así.

VIII

Si observásemos detenidamente nuestra persuasión más arraigada, veríamos que lo que en otros llamamos más ó menos *locura*, es todo aquello que no es puramente nuestro pensamiento, todo lo que no es *yo*. *Loco* es sinónimo íntimo de *tu*.

IX

En vano se puede invocar como argumento de la verdad de una idea su triunfo maravilloso en la tierra. Es preciso que en definitiva algo triunfe en este mundo, y como los hombres no son necesariamente discretos hay muchas probabilidades para que este *algo* sea una *ocura*.

Los buenos razonadores vienen luego y sobre el papel ponen las cosas en su lugar.

O bien esta variante del mismo pensamiento :

Ocurre con frecuencia que la idea que triunfa entre los hombres es una locura : mas después del triunfo, el buen sentido obra en cada uno insensiblemente, la organiza, la hace viable y la locura y la utopía llega á ser una institución que perdura muchos siglos. Esto se ha visto y acaso se vea aún.

X

Al avanzar la vida, á los pensamientos de la mayor parte de los hombres les ocurre lo que á sus cuerpos; que se convierten en cenizas. Cualquiera que sea la diversidad de los puntos de partida, los talentos capaces de madurar llegan más de lo que se cree á los mismos resultados. Mas los papeles siguen representándose, permanecen las apariencias, y el secreto se guarda con reserva.

XI

A veces me parece que en el fondo de equidad de la naturaleza inexorable, cada hombre, á pesar de la desigualdad aparente de los lotes, obtiene su parte equivalente de dicha y de desgracia, y que cada alma recibe todos los mimos de que es capaz.

XII

Quando nos damos cuenta de que no hemos caminado por el sendero de la vida guiados por una cualidad ó por una virtud, el momento es terrible.

Pero, ¡cuidado! la ira que resulta, si se prolonga, vale tanto como el mal que la produce.

XIII

En un sentido profundo, la palabra *inocencia*, que quiere decir literalmente *no hacer mal*, significa que

no se conoce. Conocer el mal, si no estamos alerta, es hacerle.

XIV

La experiencia es útil y fecunda, pero lo es como el estiércol que ayuda á brotar á las flores y al trigo. Mi establo ¡ ay ! está lleno. ¡ Ah, cuánto mejor sería que la tierra produjese sin necesidad de su ayuda !

..... Tibi dædala Tellus
Submittit flores.....

XV

Hay quien, por haber hecho demasiado cada mañana y cada tarde la vuelta exterior al Palacio Real, en el lodo, no sabe gozar una hora de sol en la bella avenida.

XVI

¡ Cuántas gentes mueren sin haber mirado en torno de ellos mismos !

XVII

Es preciso tener un poco de ilusión en la vida. En cuanto conocemos el secreto y el fin, la naturaleza nos separa de ella para que no interrumpamos la representación del drama.

XVIII

Este mundo es una vieja cortesana que no deja de tener amantes jóvenes.

XIX

Si se dijese en alta voz todas las verdades, la sociedad no se mantendría un sólo instante, se despenaría con espantoso ruido, como esas galerías subterráneas de las minas ó como esos pasajes peligrosos de las montañas, en las cuales, dicen, no se puede levantar la voz.

XX

Una de las cosas que más parece estar hecha para asombrarnos, es que cuando quitamos á un hombre todo lo que sea buena educación, buenas intenciones, buenas maneras, opiniones aprendidas, descubrimos que mucha gente en el fondo es estúpida. No es esto lo contrario sino el correctivo de lo que ha dicho Pascal, de que á medida que se tiene más talento se encuentran más hombres originales.

XXI

La mayor parte de los defectos que aparecen en la segunda mitad de la vida existían en nosotros formados desde mucho antes; pero estaban ocultos, en cierto modo, por el pudor de la juventud. No nos atrevemos á presentarnos tal como somos por miramientos hacia los demás. La rudeza que sigue, los descubre todos.

Me atrevería á decir, que estos defectos también están ocultos para nosotros mismos por las diversiones de la bella edad; en cuanto terminan estos bonitos placeres aparecen las fealdades.

XXII

Ciertas almas, una vez que han sido saturadas en su tiempo por el mal que ellas saboreaban, se convierten en inofensivas y envejecen casi buenas.

XXIII

A cierta edad, todo el arte de la dicha, si esto mereciese este nombre, sería poder aislarse de los hombres.

XXIV

¿Cuál pues es el misterio de la vida? Se hace más difícil y se ve que se complica mucho más á medida que avanza y que se desarrolla.

XXV

Hay ocasiones en las que el fondo de la vida se abre dentro de nosotros, como una llaga que sangra y que no quiere cerrarse.

XXVI

Jóvenes, nos amamos, nos admiramos constantemente creemos amar á los otros y lo que amamos en ellos es nuestra propia juventud. Pero algunos, después de la juventud continúan amando y admirando. ¡Afortunadas naturalezas! La juventud de su alma se prolonga. Continúan amando en torno suyo, el buen humor alegre, y la fuente viva de todo regocijo.

XXVII

Hay hombres que ponen tan de duelo su corazón por la muerte de su juventud, que no sobrevive su amabilidad.

XXVIII

Los lugares más hermosos de la tierra son tristes y no tienen ningún encanto cuando se han perdido las esperanzas.

XXIX

Los lugares son como las obras del hombre, una vez hecha su reputación, cada cual pasa por turno y las admira. Si aun está por hacer, otros que tampoco tienen nombre pueden competir con ellos.

De los lugares citados se puede rechazar la mitad, y sólo la otra mitad es realmente divina.

XXX

El recuerdo es como una planta que es preciso plantarla muy temprano juntos, sin lo cual no echa raíces.

XXXI

En el mismo amor, si alguna vanidad extraña no interviene, se es mucho más sensible á lo que se aparta que á lo que encuentra. De ahí, que en el instante en que sentimos que aportamos menos experimentamos cansancio, y que no resistamos fácilmente al que hubimos inspirado.

XXXII

Hay bastante variedad en las cosas para que cada talento justo, en su día y según su estado, pueda tomar su parte, parecer contradecirse y tener razón.

XXXIII

Al leer á La Rochefoucauld no se debe olvidar esto : Todos los que han usado mal de su juventud tienen interés en demostrar que son mentira todos los grandes pensamientos de la juventud. Es cierto, que los que han usado bien, es decir, sobriamente, tienen interés en no perder el fruto de su economía.

XXXIV

Si nos preguntásemos en qué preciso momento comenzamos á leer en uno ó en otro corazón, veríamos que casi siempre fué en ocasión en que nuestro amor propio estaba alerta. Pero no importa con qué barrena hayamos hecho el agujero, con tal de que se vea el interior.

XXXV

Montesquieu ha dicho de las *Máximas* de La Rochefoucauld : « Son proverbios de gente de talento. » Y Voltaire : « No es un libro, sino materiales para adornar un libro. » Son piedras preciosas talladas para engarzar en un relato.

XXXVI

Los proverbios de Franklin son granos de puro trigo candeal que enterrados en la tierra fructifican.

XXXVII

No hay un sólo nombre propio en las *Máximas* de La Rochefoucauld, y para un pensador de su condición, esto es degenerar.

XXXVIII

Hay esto de singular en las *Máximas* de La Rochefoucauld, y es que se las puede leer inversamente y obtener un sentido tan justo ó tan punzante. Dice : « No tenemos bastante fuerza para seguir á nuestra razón. » Lo que Madama de Gignán cambiaba así : « No tenemos bastante razón para emplear toda nuestra fuerza. » El dice : « Se perdona mientras se ama. » Podría decirse también : « No se perdona mientras se ama. » Hermione exclama :

Ay ! Le he amado demasiado para no odiarle nada !

Además esta contradicción posible en las *Máximas*, justifica el talento, y sirve para mejor traicionar las propias contradicciones del corazón.

XXXIX

El filósofo sistemático y el moralista no se encuentran bien juntos. El moralista, al sonreír, importuna al otro, sabe la cuerdecita secreta y estorba los aires de conquistador. Descartes y La Rochefoucauld si se hubiesen visto, habrían podido difícilmente sufrirse.

XL

Una gran parte de las cualidades del estilo en el autor notable, responde á un defecto de su carácter.

La inquietud que impulsa á ingeniarse en los matices, si fuese más pasavi haría menos (1).

XLI

La mayoría de las gentes, aun las de más talento miente sin saberlo : admira en lo consagrado á los artistas inferiores y no hará caso á los que se dedican á cosas que aun no recibieron la consagración.

XLII

Hay una cierta forma y cierta especie de ropaje para las ideas contemporáneas de nuestra juventud, la cual se borra en la vida y en la conversación, pero reaparece en cuanto escribimos. Esto marca nuestro tiempo mejor que nada.

XLIII

El poeta, el artista y el escritor, no son sino los que lo devuelven todo sin guardar nada.

XLIV

Hay día en que el espíritu se despierta por la mañana con la espada fuera de su funda y querría saquearlo todo.

XLV

¡ Amadle, admiradle, coronadle ; pero pensad del poeta lo que Platón. Cambiaría su vida y el universo por un capricho, por un deseo.

XLVI

El grado en que comienza el fastidio es el indicio más discreto para juzgar al espíritu. Los que se aburren pronto son delicados, pero frívolos. Los que

(1) Este pensamiento hace pensar en Villemain, como la precedente recuerda á Cousin. Más lejos, al margen del pensamiento XLVII, veo escrito con lápiz el nombre de Nisard.

no se aburren fácilmente son fastidiosos en seguida. Los que sintiendo el fastidio lo soportan mucho tiempo acaban por saturarse y exhalarlo.

Aquellos para quienes el fastidio tiene su encanto son enamorados ó poetas : el ensueño del poeta es el *fastidio* encantado.

XLVII

Un poco de tontería con muchos méritos no estorba ; más bien sirve de levadura.

XLVIII

A la filosofía del siglo XVIII que preconizaba la naturaleza humana, ha sucedido el gobierno parlamentario, que le adula día y noche. ¿ Cómo no ha de estar mimado el hombre ?

XLIX

En todos esos edificios fantásticos, en esas fachadas de palacios encantados que nuestros filósofos construyen para honor y dicha del hombre, leo siempre esta irónica inscripción del más piadoso de los poetas :
¡ Mortalibus ægris !

Es igual que la frase acostumbrada del más antiguo cantor : *Δειλοῖσι Βροτοῖσιν.*

L

Mucho se ha hablado de la locura de los veinte años, y hay la de los treinta y cinco que no es menos particular y frecuente. Alcestes, después de Werther. Rousseau no ha escrito sino después de esa segunda locura, y continuamente ha mezclado las dos en un mismo reflejo.

La Rochefoucauld lo ha dicho : Al envejecer nos tornamos más prudentes y más locos.

Si alguna de estas máximas asombra demasiado, prometo no tardar en corregirla (1).

15 Enero 1840.

(1) Este artículo sobre La Rochefoucauld (si me es permitido hacer hoy esta observación), indica una fecha y un tiempo, una vuelta decisiva en mi vida intelectual. Mi primera juventud, desde el momento en que he comenzado á reflexionar, había sido filosófica, y de una filosofía positiva de acuerdo con los estudios fisiológicos y médicos á que me dedicaba. Pero una grave afección moral, una gran turbación en mi sensibilidad, sobrevino en 1829, y había producido una verdadera desviación en el orden de mis ideas. Mi compiliación de poesías, *Los Consuelos* y otros trabajos que le sucedieron, notablemente *Voluptuosidad*, y los primeros volúmenes de *Port-Royal*, son testimonios de esa disposición inquieta y conmovida que admitía una gran parte del misticismo. El estudio sobre La Rochefoucauld demuestra mi cura y el final de esa crisis, y la vuelta á las ideas sanas, en las que los años y las reflexiones me han hecho afirmar (1869).

MADAMA DE LONGUEVILLE

Los nombres de Madama de La Fayette y de M. de La Rochefoucauld, en los que nos hemos detenido precedentemente, parecen recordar otros muy ligados á los suyos por toda clase de relaciones atrayentes, de conveniencia y reverberaciones más ó menos misteriosas. Madama de Longueville está aún por describir en toda su delicada preponderancia. Su vida está dividida en dos partes contrarias: la una de ambición y de galantería, la otra de devoción y de penitencia, no ha encontrado con frecuencia testigos más que para uno de estos aspectos. Madama de Sévigné sólo, en su célebre carta, ha esclarecido su retrato en el más patético momento. Nosotros, á quienes un encuentro fortuito, por decirlo, así, nos ha ofrecido el corazón y el conjunto, hemos podido seguirle de cerca, casi frecuentarla en sus horas de retiro, y aun en los momentos en que se hallaba más oculta á las miradas. Se nos aparece como la más ilustre penitente y protectora de Port-Royal durante muchos años; de ella y de su presencia en el monasterio dependió únicamente el que se respetase la *paz de la Iglesia* y su muerte fué la causa de la ruptura. Sin pretender trazar una vida tan varia y tan fugaz, sentimos el placer y la presión del deber de trazar, cuando menos, esta fisonomía de la que emana un encanto inmortal, y que, á pesar de los velos tan espesos, viene á sonreírnos desde el fondo tan austero. De él la sacamos para presentarla aquí.

La señorita Ana-Genoveva de Borbón, hija de una madre muy bella (1), y cuya belleza tan deseada por

(1) Carlota de Montmorency, princesa de Condé.